

LA OTRA VIDA DE CONCEPCIÓN ROMERO

Juan Francisco Bañuelos



Juan Francisco Bañuelos

Capítulo 1

El sol calentaba desde lo alto y Concepción Romero, junto a sus amigas, estaban listas para pasar una mañana memorable en el Club Real Campestre. El clima era perfecto para nadar un poco en la alberca, leer una revista a la espera de un bronceado espectacular o simplemente descansar sobre una toalla sin hacer nada. Los últimos días habían sido una odisea para ella, de modo que llevaba esperando la oportunidad de distraerse de sus obligaciones de ama de casa y de los problemas que estaba teniendo con Fernando, su esposo.

Así que, desde muy temprano, Concepción Romero se despertó relajada, confiada que ese día de alberca con amigas sería el remedio para todos sus males. Arregló una pequeña maleta con todo lo necesario: su bikini azul preferido, su nuevo pareo de flores, una toalla del baño, sandalias, bloqueador y el libro que estaba leyendo, por si hubiera tiempo de cultivarse en la lectura. Desayunó un licuado de frutas y escribió una nota para su familia, todo en absoluto silencio para evitar despertar a su marido y a ambos hijos. <<Me fui al club. Hay comida en el refri. Los quiero>>, se leía en un papel a doble raya que arrancó de su cuaderno de apuntes, mismo que dejó sobre la barra de la cocina, para después tomar las llaves de su camioneta y salir por la puerta principal.

Llegó al club poco antes de las nueve de la mañana. Apartó un camastro cerca de la alberca grande y luego se marchó al restorán. Pidió un desayuno completo: huevos estrellados, cocidos en aceite de coco, acompañados por unas lonchas de jamón de pavo y un plato grande con frutas de temporada, de igual manera bebió un vaso de jugo verde y esperó a comenzar la digestión acompañada de una taza de café americano, sin azúcar, como los buenos cafés deben ser servidos.

Al cabo de media hora, en vista que sus amigas no se dignaban a aparecer, decidió esperarlas recostada en su camastro. Se embarró a cuerpo entero de bloqueador con aroma a vainilla, se ajustó el sombrero ancho a su cabeza y cerró sus ojos debajo de sus lentes oscuros. Al instante se relajó por el sonido del agua en movimiento y por el ligero viento que acariciaba su piel, arrullándola.

De pronto se vio a sí misma al interior de una cárcel. O eso era lo que pensaba pues, aunque no había barrotes ni nada por el estilo, la sensación de estar encerrada era la misma. Además, aunque sabía que era ella la protagonista del sueño, su cara y cuerpo no correspondían con los suyos, sino a la de otra Concepción Romero, tampoco su atuendo, pues usaba una vieja falda larga y sucia, una blusa de manta remendada mil veces y un rebozo azul con rayas que cubría su cabeza y espalda, pero

que dejaba entrever un par de kilométricas trenzas gruesas.

Fue entonces que se percató de que su vestimenta combinaba a la perfección con la decoración del lugar en que se encontraba: las paredes de adobe al descubierto, pacas de paja por doquier, sombreros grandes y raídos colgados de las paredes, así como un inmenso aroma a heces de animal. Aunque esto último fuera, en realidad, una licencia creativa propia de su ensoñación, pero que se adecuaba a la perfección al resto de verdades imaginadas. A todo esto remataba una pequeña ventana en lo alto de una pared. Desde ahí, la otra Concepción Romero veía el cielo azul y el follaje de algún árbol; si se quedaba en silencio podían escucharse los pajaritos cantando desde la libertad del exterior.

Lo único que sabía la otra Concepción Romero era que deseaba ser como esos pájaros y escapar de ahí cuanto antes. Comenzó a rezar un avemaría en voz alta, pero al instante fue silenciada por ser un soldado de vestimenta caqui quien la amenazó. No entendió lo que dijo, solo supo que debía mantenerse en silencio. Así que calló. Y esperó.

Hasta que llegó otro soldado corriendo alegando que un caballo se había soltado de sus riendas y corría por la calle. El primer soldado salió también a ayudar a su compañero y la otra Concepción Romero vio en eso una oportunidad de oro para escabullirse por la puerta que dejaron entreabierta. Se puso de pie y revisó el lugar, para caer en cuenta que no llevaba nada consigo más que su alma. Se asomó por la puerta emparejada y se aseguró que los soldados estuvieran fuera de su vista. Se cubrió más su cabeza con el rebozo y lo pasó frente a su cuello, de modo que lo único que podría vérselo fuera el rostro apretado entre la tela azul.

Salió de espaldas por la puerta, sin hacer ruido ni con el crujir de la madera y sus goznes, ni con sus huaraches sobre la tierra, ni con su respiración siquiera. Escuchó de fondo a los soldados venir de vuelta con el caballo lazado nuevamente, pero la otra Concepción Romero no se detuvo por nada confiada en que, si caminaba con naturalidad, podría pasar desapercibida. Y pudo haberlo conseguido, de no ser porque, cuando escuchó los gritos de los soldados y supo que la estaban buscando, comenzó a caminar más a prisa. Sintió detrás de sí la mirada de sus captores y la afirmación tan terrible que la condenaba de vuelta al encierro: <<i>Es ella!>>.

Giró en la primera esquina que encontró y apretó más la marcha, sintiendo cómo la pareja de soldados la seguía de cerca. Cuando estos dieron la vuelta y dieron la orden de que se detuviera, la otra Concepción Romero comenzó a correr, declarándose así culpable por un delito que ni siquiera sabía cuál era. Por la prisa dejó volar su rebozo azul y, más adelante, soltó uno de sus huaraches. Por ninguno de los dos se detuvo

sino que, por el contrario, aceleró todavía más.

Llegó a un parque, a un costado del muelle de barquitos de vapor y lanchas que diariamente surcaban aquel río desconocido por Concepción Romero pero de sobra conocido para la otra, pues supo dónde esconderse para evitar ser vista por sus perseguidores: detrás de unas jardineras inmensas en una orilla del jardín. No supo cuánto tiempo se quedó escondida, hasta que sus rodillas comenzaron a doler y el sol comenzó a descender del cielo. Fue entonces que se puso de pie y repasó con la mirada el parque y las calles aledañas. Al no ver a los soldados decidió caminar por el costado del río, dispuesta a tomar la ruta más larga y confusa de regreso a su casa.

Ya sin ambos huaraches y con el corazón todavía acelerado empezó a andar con la cabeza gacha, de modo que no se percató del instante en que el mismo soldado que la mandó callar mientras rezaba su avemaría se cruzaba en su camino, hasta que fue demasiado tarde y chocó contra él.

<<Ahora sí, ni su Cristo Rey la salva de esta>>, dijo el hombre al tiempo que sacaba un pequeño revólver de su cinturón y apuntaba hacia el corazón de la otra Concepción Romero, quien dio una patada a la entrepierna del soldado y corrió en dirección al muelle. Ya no había casi gente y, los pocos que quedaban, se apelmazaban en el embarcadero para alcanzar la última lancha del día.

Se apretujó entre la multitud, sintiendo al soldado pisar sus talones, sin animarse a jalar el gatillo por el miedo de atinarle a algún inocente. Su corazón se detuvo un instante al ver cómo la lancha de su salvación desataba sus amarres y se aventuraba al río. El soldado a sus espaldas la comenzó a llamar por el apodo que usaban sus amigos: Concha.

Aventó a un par de niños y ¡Concha! Agitó los brazos para detener la lancha, pero ¡Concha! Giró y vio a su verdugo que ¡Concha! La embarcación estaba atiborrada ¡Concha!, y no cabía ni un alfiler, pero la otra Concepción ¡Concha! Romero huía por su vida. Eran cuatro metros los que separaban la lancha de tierra firme, pero ¡Concha! Estaba segura de alcanzarla, así que tomó impulso, saltó por los aires y ¡CONCHA!

Concepción abrió los ojos y vio a sus dos mejores amigas de pie a sus costados. Se vio reflejada en sus lentes oscuros y sintió el sol que ya quemaba sus piernas descubiertas.

<<Llevamos rato llamándote, Concha>>, dijo una de ellas.

<<Se nota que tienes el sueño pesado, amiga>>, terció la otra.

<<Pues ustedes que se tardan años en aparecer>>, se defendió Concepción Romero. <<Pero qué bueno que llegan, estaba soñando algo medio raro. No me acuerdo qué era, solo que estaba muy extraño>>.

<<Mejor nademos un rato>>, añadió la primera amiga.

Todas se quitaron sus lentes y sombreros, tentaron la temperatura del agua con sus pies descalzos y, una a una, fueron aventándose con clavados perfectos. La última fue Concepción Romero, quien tomó impulso, saltó por los aires y cayó de lleno en el agua fría. Sintió cómo sus otras manos se quedaban a pocos centímetros de haber alcanzado la lancha salvadora y se vio caer fatalmente al interior del río. Hubo agua en todas partes, en su boca y en sus pulmones. Luego vino un remolino negro a su alrededor, burbujas oscuras, voces sordas y la certeza de estar dejando, poco a poco, la vida.

Concepción Romero salió a la superficie, se talló los ojos y sintió a su corazón angustiado. Sus amigas le preguntaron qué pasaba, pero Concepción Romero solo atinó a buscar las escaleras y salir de la alberca.

<<Mejor me salgo>>, dijo, <<porque en otra vida me morí ahogada>>.